

JOSÉ LUIS

¿Don Isidro qué...?

CRISTETA

(*A José Luis.*) No hagas caso... Si es el Gatejo, que viene para eso de las elecciones. (*Salen. El Gatejo se sienta.*)

ROMÁN

Estoy acabándome de arreglar, en seguida bajo. Usted dispense...

GATEJO

No; pásese usted por casa, y hablaremos.

ROMÁN

¡Espere usted, hombre! Lea usted mientras esta carta que me han dado para usted. (*Tira una carta.*)

GATEJO

(*Abriéndola.*) ¡Ah! De don Francisco. (*Lee.*) Está bien; se hará lo que se pueda. Pásese usted luego por casa, ¿eh?, Romualdo sabe. No vaya usted antes de las cinco, porque duermo la siesta. Usted se conserve bueno, amigo. (*Sale.*)

ROMÁN

¡El calvario del diputado! ¡Adelante, Román; adelante! (*Entra y cierra.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero.

ESCENA I

Al levantarse el telón se oye voces y palmadas; después salen de la casa de la derecha varios paletos, y detrás ROMÁN y luego ROMUALDO.

PALETO 1.º

¡A votar!...

PALETO 2.º

¡Vamos, vamos!

TODOS

¡Viva!...

ROMÁN

Gracias, muchas gracias... (*Los acompaña hasta la puerta y después se sienta dando señales de cansancio.*) ¡Uf!...

ROMUALDO

(*Saliendo de su casa lo mismo que en el primer acto.*) ¿Cómo va ese valor?

ROMÁN

¡Calle usted, calle usted!... Ahora mismo acabo de despedir a los principales electores. Me han hecho pronunciar un discurso; estoy ronco. ¡Uf, qué calor!

ROMUALDO

¡Tenemos hoy un día!... Milagro será que no se arme tormenta. ¿No viene usted hacia el colegio? Parece que los de don Higinio se mueven con todas sus fuerzas.

ROMÁN

No las tengo todas conmigo.

ROMUALDO

No tenga usted cuidado, teniendo al Gatejo de su parte.

ROMÁN

¿Y quién se fía de él, si cada día piensa una cosa? Todavía no ha parecido hoy por aquí.

ROMUALDO

Pues yo, con su permiso, voy a dar un vistazo, no sea que se nos escabulla alguno.

ROMÁN

Muchas gracias, don Romualdo; nunca le agradeceré a usted bastante el interés que me demuestra.

ROMUALDO

No hay que hablar...; me ha sido usted simpático desde que le vi, y yo, cuando quiero, quiero de veras y sé cumplir como se merece cada cual. Usted me ha prometido emplear al chico en cualquier cosa para que se ayude en sus estudios, y no soy ingrato, señor don Román, y en todo aquello que de mí dependa, tenga usted la seguridad...

ROMÁN

Muchas gracias. *(Viendo aparecer al Gatejo.)* ¡Ah, ya está aquí ése!

ROMUALDO

Hasta ahora. *(Sale Romualdo.)*

ESCENA II

ROMÁN, el GATEJO y después CRISTETA

ROMÁN

¿Qué hay, amigo?

GATEJO

Bien, gracias... *(Le alarga la mano, que Román, distraído, no estrecha hasta que, notando un movimiento de disgusto en el Gatejo, le pone la mano en el hombro y le abraza con efusión.)*

ROMÁN

¡Ah, amigo mío!

GATEJO

Malo anda aquello.

ROMÁN

¡Cómo!

GATEJO

Yo no sé cómo se las ha compuesto aquella gente, que sacan votos de debajo de las piedras.

ROMÁN

¡Sí, ¿eh? ¿De modo que usted cree...?

GATEJO

Déjeme usted a mí; yo me entiendo. Yo voy más tarde, pero más seguro.

ROMÁN

Es que yo tampoco quiero imposibles, ni que por mí... eso no; la ley ante todo.

GATEJO

Pues ya se ve..., nadie dice otra cosa... Vamos claros: ¿usted quiere salir diputado, o no?

ROMÁN

¡Hombre, me parece que cuando estoy aquí... Crea usted que por capricho no me hubiera molestado.

GATEJO

Bueno...; pues... Con su permiso... *(Quitándose el sombrero.)* ¡Vaya un día de calor!

ROMÁN

¿Quiere usted refrescar? ¡Muchacha!...

GATEJO

No; por mí... *(Entra Cristeta.)*

CRISTETA

¿Qué quiere usted?

ROMÁN

¡Di que traigan... ¿Qué quiere usted?

GATEJO

Cualquier cosa: aguardiente o... lo que usted quiera; por mí...

ROMÁN

Que traigan ron... y para mí agua fresca.

CRISTETA

Agua de naranja es mejor. Yo misma lo traeré.

ROMÁN

No, hija; no te molestes. Avisa a Fermina.

CRISTETA

¡Bah! *(Sale.)*

GATEJO

Bueno; pues, como le iba diciendo, yo voy a echarme ahora a buscar gente. Lo que hay es que andan todos algo escamados, porque uno promete mucho, y luego, ya se sabe... Y por gusto nadie se mueve de su casa para meterse donde no le importa y jugarse, si a mano viene, la cabeza.

ROMÁN

¡Hombre!

GATEJO

Usted no sabe lo que es el Garduña; como él vea el negocio perdido... De manera que... ¿nos hemos entendido, sí o no?

ROMÁN

(Sacando billetes de la cartera.) Creo que sí.

GATEJO

¡Ajá! Con esto y una pipa de aguardiente que me ha mandado un cuñado de la parienta, que está en Chinchón, sale usted por encima del pueblo y por el sufragio universal, como quien dice. *(Entra Cristeta con vasos y botellas.)*

ROMÁN

(Aparte.) Sí; representante del triple anís.

GATEJO

(Después de beber.) ¡Buen licorcetel Sin sentir se bebe. *(Leyendo la etiqueta.)* Rhum, Rhum... Cosa de extranjis.

ROMÁN

(Aparte.) Esta gente va a hacer alguna barbaridad, como si lo viera. *(Alto.)* ¡Qué calor! ¡Ay!..., no puedo más.

CRISTETA

¿Está bueno?

ROMÁN

Sí; muchas gracias, primita. ¿Quieres que te diga la verdad? Tú me haces el mismo efecto en esta casa que este agua fresca que ahora bebo. Eres la única nota alegre y simpática en ella. Entre el rostro severo y ceñudo siempre de doña Salomé, las gracias pasadas de doña Amalia, la ambición hipócrita de don Romualdo, la frialdad en los unos, el interés y la codicia en los otros, refresca el alma mirarte, como refresca este agua mi garganta, enronquecida de tanto perorar mendigando un miserable voto a quien se venga de una vida puramente animal, de esclavitud y de miseria, en un día que se cree persona al fin, porque representa un número.

CRISTETA

Estará usted cansado de tanto trajín. Todo el día a caballo, de pueblo en pueblo, hablando y atendiendo a todos... Hoy debe usted descansar. ¿Por qué no duerme usted una buena siesta en su cuarto, que está tan fresco?

ROMÁN

¿Dormir? Sí; buen día se prepara. En cuanto sepa el resultado de la elección, tengo que marcharme a Moraleda a arreglar un asunto con el Gobernador, y desde allí, mañana a más tardar, a Madrid.

CRISTETA

¡Tan pronto!... ¿De modo que sale usted tarde en la diligencia?

ROMÁN

Sí...; pero no me llames de usted; ya te lo tengo dicho.

CRISTETA

No me atrevo.

ROMÁN

¡Bah! ¿No somos primos? ¿No te llamo yo de tú?

CRISTETA

No es lo mismo: yo soy una chiquilla.

ROMÁN

No tal. ¿Cuántos años tienes?

CRISTETA

Diez y ocho.

ROMÁN

¿Y quieres mucho a doña Salomé? La verdad: si yo tuviera que vivir siempre con ella, me moría... ¡Bien decía mi padre!

CRISTETA

Es muy buena.

ROMÁN

Eso sí; muy cristiana, pero...

CRISTETA

Calle usted, que viene... ¿Quiere usted más? (*Recogiendo los vasos.*)

ROMÁN

No; gracias.

CRISTETA

Hasta luego. (*Sale, dejando pasar a D.^a Salomé y a Amalia.*)

ESCENA III

D.^a SALOMÉ, AMALIA y ROMÁN

AMALIA

(*Al entrar, a Cristeta.*) Cristeta, mira con cuidado si José Luis está durmiendo, y avísame. A fuerza de ruegos he podido acostarle. ¡Pobre criatura! No duerme nada. Por más que digan, está muy delicado. ¿Qué tal, Román? ¿Sabe usted algo?

SALOMÉ

A propósito, sobrino: si no temiera ofenderte, desearía hacerte una indicación.

ROMÁN

Diga usted cuanto quiera con toda confianza.

SALOMÉ

He sabido que, al recorrer el distrito, te has presentado a mis colonos como sobrino y patrocinado mío.

ROMÁN

¿Y no es verdad?

SALOMÉ

Ya te indiqué que mi intención era descartarme todo lo que pudiera de esta lucha. ¡Sabe Dios lo que dirán de mí al verme mezclada en estas cuestiones, bien contra mi voluntad!

ROMÁN

Usted perdone... Pero sepa usted que, si me he atrevido a tomar su nombre, ha sido con la confianza de que usted me dispensaría su protección.

SALOMÉ

¡Quién lo duda!

ROMÁN

Antes de mi venida, mi padre anunció a usted que, por acuerdo suyo y del Ministro de la Gobernación, su íntimo amigo, pensaba presentarme diputado por este distrito, donde mi padre creyó que usted me prestaría

apoyo, a pesar de antiguos disgustillos... Usted contestó afirmativa y hasta cariñosamente. Por eso no vacilé en venir. Después ha cambiado usted de opinión, acaso no le he sido simpático. De todos modos, el enfado de mi presencia durará tan poco, que no le costará gran sacrificio soportarle.

AMALIA

¡Cómo! ¿Se marcha usted hoy decididamente?

ROMÁN

Esta tarde.

SALOMÉ

Veo con pena que no me comprendes tampoco. Yo te quiero, te estimo, deseo vivamente tu triunfo; al fin eres hijo de un hermano, a quien quiero a pesar de todo. Soy la primera en pedir a Dios, en mis oraciones, que salgas vencedor, si te conviene; pero de eso a prestar mi nombre y mi influencia para manejos más o menos honrados, eso no. Yo no me meto en los asuntos de nadie; que me dejen tranquila con los míos... Y no tomes, ¡por Dios!, a mal mis palabras: no me juzgues como los otros... Era cuanto tenía que decirte. *(Sale.)*

ESCENA IV

AMALIA y ROMÁN

AMALIA

No haga usted caso. Está... *(Llevándose un dedo a la frente)*, no cabe duda. Ella, con muy buenas maneras, le ha de decir a usted cuanto se le ocurre, hasta sacarle de quicio; pero ella no se altera nunca, y si estalla usted por fin y le dice cuatro verdades, todavía se lamentará

de que no la comprenden y la juzgan sin corazón. Yo, crea usted que si estoy aquí más tiempo, es por mi pobre hijo únicamente. A propósito. ¡Cristeta! ¡Cristeta!...

CRISTETA

(Sale al mirador.) José Luis está roncando. *(Entra.)*

AMALIA

¡Pobrecito! ¡No sé cómo se sostiene! ¡No come nada, no duerme!... ¡Ay, qué angustia es ser madre! ¡Usted no sabe lo que yo he pasado en vida y en muerte de mi marido, que en paz descansa! Figúrese usted, mi esposo, que era un cohete... ¡Ay! Pero yo sé muy bien cómo se maneja a los hombres; los conozco muy bien: son ustedes muy particulares.

ROMÁN

¿Sí, eh?... ¿Así, en plural?

AMALIA

No sea usted malicioso. ¡Pobre hijo mío! ¡Qué falta le hacía un padre!

ROMÁN

De usted depende.

AMALIA

¡Ay! ¡No me hable usted! ¿Yo?... ¡Quién piensa en eso! No tengo edad...

ROMÁN

¿Edad?... De los años que puede usted tener... no han pasado por usted más que las primaveras.

AMALIA

¡Oh!

ROMÁN

Y ha recogido usted todas sus flores.

AMALIA

¡Oh!... *(Pausa.)* ¿Se marcha usted hoy? ¡Ingrato!

ROMÁN

Sin falta. Además, ¿cómo quiere usted que siga aquí cuando no he visto más que desaires?

AMALIA

¿Quién hace caso de Salomé? A mí también me trata de cualquier manera; pero yo aquí me estoy. Haga usted lo mismo. Esto es muy sano; le convendrá a usted mucho una temporada de campo antes de entregarse de lleno a la fiebre de la política. Está usted desmejorado. ¡Cúfdesse usted, no sea usted niño!... Todos los hombres políticos se ponen muy feos en seguida; creo que no necesito citarle ejemplos.

ROMÁN

Con su permiso voy a escribir dos letras.

AMALIA

¡Ya! A estas horas habrá en Madrid alguna persona impaciente...

ROMÁN

¡No lo crea usted! He llevado una vida tan agitada... que no he tenido tiempo para querer.

AMALIA

¡Bah! Ya sé yo quién se aprovechaba de algunas horas robadas al trabajo y al estudio...

ROMÁN

Aquello pasó. Fué un sueño de poeta. Una niña rubia y pálida... La conocí en Zarauz, asomada a una ventana, cerca del mar, vestida de blanco, con el pelo suelto y a la luz de la luna... Y yo entonces, en viendo a una mujer vestida de blanco... Entonces escribía yo versos.

AMALIA

¿Y ahora?

ROMÁN

¡Oh, ahora!... Eso se queda para los veinte años. ¡Buena carrera hubiera hecho yo por ese camino! Figúrese usted que aquel amor me hizo perder un año en mis estudios... Créame usted: con los versos y una niña rubia vestida de blanco, con el pelo suelto y a la luz de la luna, no se va a ninguna parte.

AMALIA

¿De modo que no ha vuelto usted a querer?

ROMÁN

No. ¡Y Dios me libre!...

AMALIA

¿Y no piensa usted casarse?

ROMÁN

¡Phss!... ¿Qué ha de hacer uno?

AMALIA

¿Sin cariño?

ROMÁN

Ni hace falta.

AMALIA

Se conoce que la niña rubia, con toda su dulzura, le dejó a usted un recuerdo muy amargo. Mucho teme usted al amor.

ROMÁN

Temo al amor, porque un verdadero amor es una fiebre que nos absorbe por completo: inquietudes a toda hora, celos, temores: una vida consagrada al amor es una vida inútil. ¡Ser Antonio pudiendo ser César!... Sí, esa es la vida. Pero no consumiéndose entre ruines pasiones. Sufrir por algo grande que fecunde y asombre a la Humanidad; no por Julieta, como Romeo; no por Cleopatra, como Antonio; por descubrir un mundo, como Colón; por redimir al hombre, como Jesús. Y en cuanto al matrimonio (*Levantándose*), confianza mutua, independencia absoluta y buena educación, aseguran mejor la felicidad que el cariño más apasionado.

AMALIA

¡Ja, ja!... Algún día volverá la visión de los veinte años vestida de blanco.

ROMÁN

No hay mujer fea vestida de blanco y con el pelo suelto, créame usted. Voy a escribir; con su permiso...

AMALIA

¿Ha recibido usted hoy algún periódico?

ROMÁN

Sí, aquí están.

AMALIA

Gracias a usted sabemos lo que pasa en el mundo. Me llevo éste. (*Cogiendo uno.*) Vestido blanco no tengo. Me pondré un peinador y me soltaré el pelo. (*Salen.*)

ESCENA V

MAGÍN con un fusil y después CRISTETA

CRISTETA

(*Asomada al mirador.*) ¡Magín!... ¿De dónde vienes con este calor?

MAGÍN

(*Mostrando la escopeta.*) ¿No lo ves? De tirar cuatro tiros al aire. Mira, nena, ¿si quisieras bajarme un poco de agua fresca?...

CRISTETA

Voy corriendo. (*Entra a poco con un botijo y un vaso.*) Aquí está, heladita; ¡como que ha estado en el pozol! (*Magín bebe a chorro en el botijo.*) No bebas mucho, que estás sudando.

MAGÍN

Déjame, hija... No podía más.

CRISTETA

Pero, vamos a ver, ¿dónde está la caza?

MAGÍN

¡La cazal...

CRISTETA

¡Cómo! ¿Te has venido sin nada? ¡Me gusta!

MAGÍN

¡Calla, hija!... Ya no tengo pulso ni vista; nada. ¡Un periódico! (*Fijándose en uno que lee Cristeta.*)

CRISTETA

Sí... ¡Qué cosas dice! Yo no había leído ninguno nunca, hasta ayer. Habla del Congreso; todo lo que dicen los diputados. Mira, por aquí debe andar.

MAGÍN

Ya lo sé. ¡Poquitos periódicos tengo yo leídos! ¡A lo mejor dicen unas picardías de los que mandan!... Otras veces todo les parece muy bien.

CRISTETA

¡Claro es, según! Mira, mira: un diputado pide una carretera, otro una cantidad del fondo de calamidades para socorrer a un pueblo inundado... ¡Qué buenos deben ser esos señores! ¡Y qué cosas dicen tan bien dichas!... ¡Qué lástima no poder ver a Román en el Congreso! La tía no quiere volver a Madrid. ¡Qué bonito es Madrid!

MAGÍN

¿Te acuerdas?

CRISTETA

¡Vaya! ¡Y eso que no estuve allí más que dos días, y hace mucho tiempo!

MAGÍN

¡Digo, si hace! Al traerte yo de Valencia.

CRISTETA

¡Cuánto me alegraría ir a Madrid!

MAGÍN

Eso es, y dejar aquí solo a este pobre viejo.

CRISTETA

No; tú vendrías también.

MAGÍN

No; yo no sirvo para nada; no querrían llevar este estorbo; me dejarían aquí, en un rincón.

CRISTETA

No te apures; si aquí nos estaremos todos, sin saber nada del mundo, como antes. Pues yo voy a decir a mi primo que me mande los periódicos siempre que hable... Y sí lo hará; ¡es más bueno!... Hace un momento estuvo hablando conmigo como si tal cosa, ¡más amable!... Le traje un vaso de agua de naranja, porque ¡estaba más sofocado de tanto hablar! Ya tú ves, ¡si no para!... Y esta misma tarde, en cuanto acaben las elecciones, se marcha a Madrid.

MAGÍN

Buen viaje.

CRISTETA

¿No sientes que se vaya? Yo sí. Mientras él ha estado aquí hemos hecho otra vida: se hablaba en la mesa, se

reía... Pues los pobres bien le echarán de menos, porque ¡ha hecho más limosnas!... Todos le quieren ya en el pueblo.

MAGÍN

Y tú más que todos.

CRISTETA

¿Yo?... Claro está que le quiero.

MAGÍN

¿Más que a mí?

CRISTETA

¡Envidioso!... Si a él no le volveré a ver más, y contigo estaré siempre, siempre..., hasta que me muera.

MAGÍN

¿Tú?... Quien se morirá seré yo.

CRISTETA

¡No digas eso! ¡Pues si tú te murieras!...

MAGÍN

Y si te murieras tú, ¿qué iba a ser de mí?

CRISTETA

Pues vamos a pedir a Dios morirnos al mismo tiempo.

MAGÍN

No, tú no; ¡tan niña!...

CRISTETA

¡Si creerás tú que me importaría morirme! Mira, cuando me entra la tristeza, y me entra a menudo, no pido otra cosa.

MAGÍN

¿Y por qué, nena mía? ¿Cuándo estás tú triste que yo nunca lo veo?... Es verdad; yo también lo estoy muchas veces y tú no lo ves tampoco.

CRISTETA

¿Por qué estoy triste? No lo sé. Cuando parece que estoy más contenta, siento aquí (*Llevándose la mano al corazón*) de pronto una angustia y un calor que me sube a la garganta, y luego a los ojos..., y si no llorara, me ahogaría. Al acostarme, sobre todo antes de dormirme, ¡pienso unas cosas!... Hoy también estoy triste. Cuéntame algo que me entretenga; dime algún romance de guerra o de amores.

MAGÍN

No, no; me recuerdan otros tiempos y me entristecen. ¿Guerras?... Si no puedo ya con la escopeta. ¿Amores?... Pensar que la zagala que dejé en el pueblo, cuando marché a servir al rey, estará como yo, y era como tú; con unos ojazos y un pelo.. Verdad es que yo también era un real mozo, mejor que don Román, ¡ya lo creol!...

ESCENA VI

Dichos y ROMUALDO muy sofocado.
Después FAUSTINA y después ROMÁN.

ROMUALDO

¿Está en casa don Román? (*A Magín.*) Avísale; yo voy a dar un recado. (*Se dirige hacia su casa.*) ¡Faustina! (*Llamándola por la ventana.*)

CRISTETA

¿Qué trae usted?

ROMUALDO

Nada; que si nos descuidamos... ¡Faustina! ¿Y don Román? Magín, avísale; haz el favor. (*Sale Magín.*)

FAUSTINA

¿Qué ocurre?

ROMUALDO

(*Quitándose la levita y el sombrero de copa.*) Toma; pronto, sácame el chaquetón y el sombrero de todos los días.

FAUSTINA

Pero...

ROMUALDO

¡Corre!

FAUSTINA

Pero entra dentro; ¿no ves que estás sudando?

ROMUALDO

Déjame. ¿Y el chico?

FAUSTINA

Durmiendo la siesta.

ROMUALDO

Avísale; di que venga; ¡vamos, corre! (*Sale Faustina.*)

ROMÁN

(*Sale de la casa, y después Magín.*) ¿Qué sucede?

ROMUALDO

Nada; que si no andamos listos salen ustedes empapados. El Gatejo me ha dicho que viniera corriendo a avisarle a usted; hacen falta votos. (*Sale Faustina con la ropa y le ayuda a ponérsela.*) Hemos revuelto todo el pueblo, y nada. Aquí traigo unos nombres: Lucas Sánchez... vive media legua de aquí, en el molino, y no hay quien le haga venir a votar desde que le dieron una paliza en otras elecciones... Además, no queda tiempo.

ROMÁN

Busquen ustedes a toda costa.

ROMUALDO

¡Ya, ya!... Aquí hay otro: Santiago Muñoz; no se le encuentra en ninguna parte; siempre está borracho, y aquí otros dos que anda buscando el Gatejo. Me parece que aquello acaba mal: yo, por si acaso, me he mudado de ropa. Conque, ¿qué hacemos?

ROMÁN

Luchar hasta lo último. Es preciso traer a ese molinero y al otro.

ROMUALDO

Voy a mandar a mi hijo.

ROMÁN

Sí, sí; sólo queda una hora; corriendo.

ROMUALDO

(*A Faustina.*) ¿Dónde está el chico?

FAUSTINA

Ahora sale. (*Aparte.*) ¡Hacerle ir hasta el molino con este calor!... No tienes alma.

ROMUALDO

(*Aparte.*) Calla, mujer.

ROMÁN

¿Cree usted que debo ir por allá?

ROMUALDO

Al colegio precisamente, no. ¡Sabe Dios lo que puede ocurrir! Vaya usted en casa del tío Curro: allí estará el Gatejo con toda la gente; no estará de más que les eche usted un discurso.

ROMÁN

Voy, voy.

ROMUALDO

¡Ah! Déme usted de esos papeles de votar.

ROMÁN

(*Señando la mesa.*) Ahí tiene usted. (*A Magín.*) Magín, que lleven mi equipaje a la diligencia.

ROMUALDO

¿Se marcha usted esta tarde?

ROMÁN

Sí..., pero ya volveré... (*Aparte.*) Las espaldas, en cuanto coja yo mi acta.

MAGÍN

Será preciso avisar a la Administración que le guarden sitio.

ROMÁN

Sí, sí; tome usted. (*Le da dinero.*) Lo que sobre para usted, veterano.

MAGÍN

¿Señor!...

ROMÁN

¿Se ofende usted?

MAGÍN

No. Los pobres no podemos ser orgullosos. Sabe Dios que si en algo le puedo servir no es por interés ni... ¡Qué ha de ser!... Pero si usted es generoso, amigo, ¿por qué he de rehusarlo? El dinero no viene mal a nadie; yo también tengo mis vicios: fumo, juego... Toma, Cristeta; a nuestra hucha.

ROMÁN

¿Cómo!

MAGÍN

Es mi administradora. Dice que soy un derrochón y ella me guarda los ahorros.

CRISTETA

¡Claro que sí! Si no, eras capaz de gastarlo todo en echar humo o jugarlo a las cartas, como el día que perdiste seis reales. ¡No te lo perdonaré nunca!

ROMÁN

¡Ja, ja!... Vaya, voy a ver en qué quedamos. *(Sale.)*

ROMUALDO

Y yo también.

FAUSTINA

¡Buena gana de sofocarse! ¡Ahora te ha ido a entrar por el ojo derecho ese caballero!... ¿No decías que ibas a no meterte en nada?

ROMUALDO

¡Déjame, que yo me entiendo! Don Román es una persona formal, y..., ¡que yo sé lo que me hago!

FAUSTINA

¡Bah!

ROMUALDO

¡Vamos, avisa al chico! ¡Que no ha de hacer más que comer y dormir!... ¡Es mucho Luciano ése!

FAUSTINA

Déjale que descanse. ¡Pobrecito!

ROMUALDO

¡Si tú supieras!... Me le va a colocar en Valladolid.

FAUSTINA

¿Quién?

ROMUALDO

Don Román.

FAUSTINA

¡Fíate!...

ROMUALDO

¡Vaya! Conque... ¡pide a Dios que ganemos! *(Cogiendo el bastón.)* ¡Pues no se me olvidaba nada, como quien dice!...

FAUSTINA

¡Anda con Dios!

ROMUALDO

Y que no deje el chico de ir al molino. *(Sale.)*

FAUSTINA

Descuida. ¡Luciano!...

CRISTETA

Deje usted; le llamaré yo. ¡Luciano!... *(Llamándole por la ventana.)*

MAGÍN

Yo voy a llevar el equipaje al parador. *(Entra en la casa.)*

CRISTETA

¡Luciano!... *(A Faustina.)* Dígale usted que no sea pesado.

LUCIANO

Aquí estoy. ¡Que no han de dejarle a uno descabezar un seño!...

FAUSTINA

Tu padre, que vayas corriendo en *ca* Lucas, y que le lleves a votar, sea como sea.

LUCIANO

¿Al molino? ¡En eso estaba yo pensando! ¡Con este calor!...

CRISTETA

¡Si ahora se nubla un poco!...

LUCIANO

Que no voy, ¡eal! ¡El que quiera votos, que los busque!

FAUSTINA

Pero...

LUCIANO

¡Que no muele usted, madre!

FAUSTINA

Bueno; allá tú. Yo he cumplido ya. *(Sale.)*

ESCENA VII

CRISTETA y LUCIANO

CRISTETA

¿Por qué no haces lo que te manda tu padre?

LUCIANO

¡Porque no! ¿Tú sabes dónde está el molino? ¡Media

legua, lo menos! ¡No iría por salir yo diputado, cuanto más por el otro!.. ¡Buena gana!

CRISTETA

No seas holgazán. Mira que don Román es muy bueno, y si le sirves...

LUCIANO

¡*Pa* servir a nadie estoy yo!

CRISTETA

¡Desagradecido! Después que piensa darte un destino...

LUCIANO

¡Sí!... ¡De *boquirris!*

CRISTETA

¡No, señor!...

LUCIANO

Además, que yo no quiero destino, ni estudio, ni nada ¡Que yo no puedo más, Cristeta; que si no hablo, reviento! Mi padre se empeña en hacerme estudiar, y yo no he nacido *pa* eso.

CRISTETA

Pues díselo.

LUCIANO

Entonces querrá que trabaje aquí con él.

CRISTETA

Pues trabaja.

LUCIANO

Es que tampoco sirvo *pa* eso.

CRISTETA

(*Remedándole.*) ¿Pues *pa* qué sirves?

LUCIANO

¡*Pa ná!* ¿Tú crees que yo me he examinado este año?
¡Mentira todo! ¡Cualquiera se aprende esos librotos en
un año..., ni en toda la vida!

CRISTETA

¿Qué me dices?

LUCIANO

Lo que oyes... Ya sabes que me tenían recomendado
en Madrid a don Cipriano; yo le rogué que no dijera
nada a mi padre, prometiéndole ir a examinarme en
septiembre.

CRISTETA

¡Sí, eh? Pues si no vas al molino, se lo cuento todo.

LUCIANO

No te creerá.

CRISTETA

¡Vaya! Yo haré que se entere; conque así..., largo, o
canto de plano.

LUCIANO

Déjame, Cristeta; si no puedo conmigo.

CRISTETA

Vamos, mira que no te quiero.

LUCIANO

Eso quisiera mi padre, que yo fuera tu novio.

CRISTETA

Muchas gracias.

LUCIANO

Pero si tú no me quieres *pa* novio.

CRISTETA

¿Qué he de querer, hombre!

LUCIANO

Ni yo a ti tampoco. (*Dándole una palmada en el brazo.*)
Como guapa, eres guapa; pero tienes poco físico; eso sí,
tienes una cara de querubín, que da gana de darte un
beso más bien dado...

CRISTETA

¡Animal! Vamos al molino; no seas así; cuando tú me
pidas un favor...

LUCIANO

¡Sí? Pues dame un beso.

CRISTETA

En eso estaba pensando.

LUCIANO

Pues no voy al molino, ¡ca!

CRISTETA

¿Irás si me dejas?

LUCIANO

Sí, corriendo.

CRISTETA

¿De veras? Júralo.

LUCIANO

Por ésta...

CRISTETA

¿Y llevarás a votar al tío Lucas aunque no quiera?

LUCIANO

Aunque sea a cuestras... ¡Pues no te importa poco su voto!... Vamos...

CRISTETA

Aquí. *(Señalando la mejilla.)* ¡Ay, no, no!...

LUCIANO

Pues no voy.

CRISTETA

Pesado... *(Pone la cara y la da dos besos; al mismo tiempo entrán Román y Romualdo.)* No vale; han sido dos.

LUCIANO

Uno para la ida y otro para la vuelta.

ESCENA VIII

DICHOS, ROMAN y ROMUALDO

ROMUALDO

Muy bien...

ROMÁN

¡Ja, ja!... Con permiso.

CRISTETA

¡Qué vergüenza!

ROMUALDO

¿Pero todavía estás aquí?

LUCIANO

Voy corriendo. *(Sale corriendo.)*

ROMÁN

(A Cristeta.) De eso tendrás que confesarte.

ROMUALDO

¡Ca!, no es pecado; son novios desde niños.

CRISTETA

No es verdad.

ROMÁN

¡Vaya! ¿Y eso qué tiene de extraño?

ROMUALDO

¡Y poquito que la queremos todos!... *(Acariciándola.)*
Conque, don Román, ¿qué hacemos?